

INTEGRACIÓN CULTURAL Y GUERRA FRÍA EN AMÉRICA LATINA EN LA DÉCADA DE 1950

Jorge A. NÁLLIM*

El presente trabajo se enfoca en la dimensión política e ideológica de los conceptos de cultura e integración cultural en América Latina durante los años de la Guerra Fría, más específicamente la década de 1950. En particular, explora la integración cultural en relación con las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) en la región durante dicha década. El CLC, creado en 1950 en Berlín, fue la principal institución apoyada por Estados Unidos como parte de su estrategia cultural durante el conflicto con la Unión Soviética. Su objetivo básico y explícito consistía en crear un frente global de intelectuales comprometidos con la libertad de la cultura, identificada con la defensa de la democracia liberal y las libertades individuales, y en oposición a los totalitarismos relacionados con el comunismo soviético y gobiernos y movimientos autoritarios de derecha. Como parte de su ofensiva, el Congreso creó una serie de filiales en todo el mundo, y entre ellas, en varios países latinoamericanos que vincularon a una serie de intelectuales y políticos a través en la región. En este sentido, el trabajo sostiene que dentro de las coordenadas de la guerra fría cultural y como parte de su proyecto político, los grupos afiliados al CLC desarrollaron una serie de actividades e iniciativas que constituyeron un esfuerzo tendiente a la vinculación y cooperación cultural a nivel regional, nacional e internacional.

Desde esta perspectiva, este texto dialoga con una serie de trabajos que se han abocado al estudio de la guerra fría cultural entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en la que el conflicto político, militar y económico se complementaba con políticas y estrategias culturales desarrolladas por ambas potencias. En el caso del CLC, la historiografía tradicional se enfocó mayorita-

* Profesor de historia en la Universidad de Manitoba, Canadá. Sus principales líneas de investigación son América Latina moderna, liberalismo, antifascismo, historia intelectual, cultural y social, cultura política comparativa.

riamente en sus orígenes y desarrollos en Estados Unidos y Europa.¹ Sobre las actividades del Congreso en América Latina, varios autores abrieron el camino a través de la exploración de las ideas expresadas en revistas como *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* [de aquí en adelante, *Cuadernos*] y otras publicaciones relacionadas con el Congreso en la década de 1960 como las revistas *Mundo Nuevo* y *Cadernos Brasileiros*.² Más recientemente, una serie de trabajos han ido más allá y se han concentrado en las actividades del CLC en América Latina, enfocándose en las actividades desarrolladas por los grupos políticos y culturales relacionados con las filiales locales. Estos estudios, de los cuales este trabajo forma parte, conciben la guerra fría cultural como un marco general de referencia bajo el cual distintos grupos a nivel regional, nacional y local actuaban de acuerdo con sus propias lógicas e intereses y dentro del contexto histórico específico de cada país.³ Esta perspectiva desmitifica la idea de actores locales que meramente seguían ciegamente órdenes provenientes ya sea de Washington o Moscú, mostrando en el caso de las filiales del CLC la manera en que los proyectos provenientes de Estados Unidos eran adoptados, apropiados y transformados por actores locales en contextos específicos, devolviéndoles así su rol de agentes históricos.⁴

REDES, “CULTURA” E “INTEGRACIÓN”

EN EL MARCO DE LA GUERRA FRÍA CULTURAL LATINOAMERICANA

El análisis del CLC en tanto representativo de un proyecto de integración cultural parte necesariamente del análisis de los términos del concepto dentro del contexto de la institución. El Congreso por la Libertad de la Cultura formó parte de las estrategias culturales desplegadas por Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. Creado en un congreso que reunió a más de cien delegados en Berlín en junio de 1950, contó con financiamiento secreto de la CIA y de un consorcio de fundaciones y donantes privados.

Sus autoridades incluían una serie de prestigiosos intelectuales, entre los cuales figuraban Jacques Maritain, Salvador de Madariaga y Bertrand Russell como presidentes honorarios y Denis de Rougemont, Nicolás Nabokov, Stephen Spender, Raymond Aron, Ignazio Silone y Nicola Chiaromonte como

¹ Entre otros trabajos, véase Saunders, 2000; Scott-Smith, 2002; Berghahn, 2001; Coleman, 1989; Grémion, 1995.

² Franco, 2002; Gilman, 2003; Mudrovcic, 1997; Cobb, 2007; Galvete, 2006; Glondys, 2007.

³ Iber, 2015 y 2013; Calandra y Franco, 2012; Nállim, 2015 y 2014; Janello, 2013-2014, 2014 y 2012; Vanden Berghe, 1997; Cancelli, 2008: 64-89.

⁴ Pieper Mooney y Lanza, 2013; Joseph, 2008; Joseph, 1998.

miembros de su Comité Ejecutivo. En los años siguientes y desde su casa central en París, el CLC desarrolló una amplia labor a través de encuentros internacionales, exhibiciones de arte y otras variadas actividades en el campo cultural, al tiempo que extendía su alcance a través de la fundación de filiales en los Estados Unidos, América Latina, Europa Occidental, Japón y Australia y de un amplio abanico de publicaciones en distintos países e idiomas (Saunders, 2000; Grémion, 1995). A lo largo de su existencia, el CLC pasó por varias etapas y estuvo constantemente surcado por tensiones, dada la variedad de grupos, individuos e intereses que involucraba. Su reputación sufrió un daño irreparable cuando una serie de artículos en el *New York Times* en 1966 reveló la participación de la CIA, lo que lo llevó a ser clausurado y reemplazado por la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, finalmente clausurada en 1977.

El objetivo principal del CLC era la oposición al comunismo soviético, y por este motivo, sus actividades fueron una respuesta a la política cultural soviética desplegada a nivel internacional a través de los partidos comunistas locales y emprendimientos tales como el Consejo Mundial de la Paz. En ese sentido, tanto el CLC como sus contrapartes soviéticas tenían sus antecedentes en disputas culturales y políticas a nivel local, regional e internacional que se remontaban a las décadas anteriores.⁵ En este contrapunto, el mismo concepto de cultura entraba en disputa. A grandes rasgos, desde la perspectiva estadounidense se relacionaba el concepto de cultura a la democracia liberal y las libertades individuales, especialmente aquellas relacionadas con las libertades de expresión y creación, producto del proceso histórico occidental y euro-americano. Por su parte, la versión soviética identificaba la cultura con la paz, el acceso masivo a los bienes culturales, y la crítica al consumismo e individualismo capitalista. Por otra parte, y como bien han señalado Scott-Smith y Segal, si bien estas grandes visiones pueden ser concebidas como *dreamworlds*, como proyectos colectivos compartidos que dan sentido a sociedades e individuos, no eran construcciones homogéneas y las líneas políticas e ideológicas no eran rígidas, sino que eran alteradas por la evolución histórica de la guerra fría y la realidad concreta en que se desarrollaban (2012). No sólo las visiones contrapuestas estadounidense y soviética compartían una concepción universalista y de alcance global y un anhelo de progreso anclado en la Ilustración. Además, las influencias de ambas potencias se procesaban en contextos locales que las adaptaban y modificaban en distintos contextos locales en todo el mundo,⁶ lo que se refleja en los estudios más recientes sobre el CLC en América Latina mencionadas anteriormente.

⁵ Iber, 2015; Albuquerque F., 2011; Janello, 2012; Gould-Davis, 2003.

⁶ Roth-Ey, 2011; Major y Mitter, 2012; Pieper Mooney y Lanza, 2013.

La complejidad del concepto de cultura se puede apreciar al analizar también en qué sentido se puede hablar del CLC como un proyecto de integración cultural en América Latina. En líneas generales, se pueden observar distintos niveles y circuitos de las actividades del Congreso en la región por los que circulaban intelectuales y políticos. El primer nivel está dado por los encargados en las oficinas centrales del CLC en París que servían como nexo entre el área latinoamericana y las actividades globales de la institución, tales como Michael Josselson y John C. Hunt, quienes estaban al tanto del financiamiento de la CIA (en el caso de Josselson y Hunt, trabajaban para ella) y operaban dentro de los parámetros internacionales de la estrategia cultural internacional estadounidense, dominada por el anticomunismo (Iber, 2015: 84-85). Una segunda red internacional estaba dada por el grupo de exiliados españoles de distintas tendencias, principalmente de izquierda (socialistas, trotskistas, y ex-comunistas, entre otros), que habían apoyado a la República Española durante la guerra civil española y habían escapado luego del triunfo de las fuerzas de Francisco Franco. Esta red comenzaba con Julián Gorkin, ex-comunista y miembro del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), quien luego de su exilio en México en 1940-48 regresó a Europa para incorporarse al CLC. Gorkin sería la figura central en la organización de las filiales latinoamericanas a partir de 1953 y quedaría a cargo de la dirección de la revista en castellano para América Latina, *Cuadernos*, hasta 1963 (Iber, 2013:180-182).⁷

Gorkin activaría su red de contactos con el exilio español en favor del Congreso, tales como sus antiguos camaradas en el POUM, Ignacio Iglesias—quien se sumó a *Cuadernos* en la administración y edición de la revista— y Víctor Alba, quien tuvo un papel destacado en la filial mexicana. Los exiliados españoles fueron muy activos en el CLC, ya fuera en su nivel europeo, como era el caso de Salvador Madariaga y Luis Araquistáin, como en el específico latinoamericano. Las filiales latinoamericanas contarían desde sus inicios con intelectuales y políticos españoles exiliados como animadores principales y nexo con la central parisina, como eran Alba en México, Carlos de Baráibar en Chile, Carlos Carranza en Argentina y Francisco Ferrándiz Alborz en Uruguay.⁸ El proyecto político y cultural de este grupo de exiliados republicanos de distintas tendencias coincidía con el anticomunismo estadounidense, dados los

⁷ El trabajo más completo sobre el papel del exilio republicano español en la guerra fría cultural en general y en el CLC en particular es Glondys, 2012.

⁸ El peso del exilio español era especialmente fuerte en las filiales mexicana y argentina. En el último caso, incluyó la activa movilización del Centro Republicano Español, en donde ejercía su influencia Carranza, y la participación de intelectuales de prestigio como el historiador Claudio Sánchez Albornoz, el periodista vasco Pedro de Basaldúa y el presidente de la Comunitat Catalana José Rovira Armengol (Nállim, 2014).

enfrentamientos entre el POUM y otras fuerzas con el comunismo durante la guerra civil española, pero introducía como un elemento fundamental de su identidad y participación su acérrimo antifranquismo.

Los dos niveles próximos están más directamente enraizados en América Latina y vinculados a la idea de una integración cultural americana como parte del proyecto político-cultural más amplio del CLC. La tercera red, clave, estaba compuesta por una serie de personalidades intelectuales y políticas de América Latina. La necesidad de involucrar a la intelectualidad más destacada de América Latina se reflejó con nitidez en las consultas que desde París se hicieron a distintas personalidades en 1952 sobre las posibilidades de extender el Congreso a la región. Desde México, Víctor Alba sostenía que el proyecto era posible y que se podría contar con personalidades como Germán Arciniegas y Alfonso Reyes. Por su parte, el líder sindical estadounidense Serafino Romualdi advertía que en América Latina se podía constatar que aún sectores claramente opuestos al comunismo “son en el presente abiertamente opuestos a la política exterior del gobierno estadounidense” y señalaba la necesidad de establecer un “comité organizador compuesto casi exclusivamente por latinoamericanos, presididos, si fuera posible, por el profesor Germán Arciniegas, de la universidad de Columbia”.⁹

Arciniegas había sido el único latinoamericano presente en la reunión fundacional del CLC en Berlín en 1950, y cumpliría un papel fundamental en sus actividades en la región, incluyendo la dirección de *Cuadernos* en su última etapa, entre 1963 y 1965. Además de Arciniegas, la lista de intelectuales y políticos latinoamericanos relacionados con el Congreso eventualmente incluiría figuras destacadas como fueron el premio Nobel Bernardo Houssay, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, José Luis y Francisco Romero de Argentina, líderes apristas peruanos como Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez, y políticos de la talla de Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos y José Figueres. Estas personalidades, como en el caso de Arciniegas o Gallegos, se ubican dentro del espacio ideológico de un humanismo, de carácter reformista y crítico del comunismo pero también del intervencionismo estadounidense en la región. Se complementaba bien con las posiciones de los exiliados españoles

⁹ Víctor Alba a François Bondy, México, 27 de julio de 1952, y Serafino Romualdi a Nicolás Nabokov, Washington DC, ambos en International Association for Cultural Freedom (IACF) records, Special Collections Research Center, Joseph Regenstein Library, University of Chicago, caja 204 Guía Vieja (GV), folio 5. Los archivos de la IACF fueron reorganizados entre 2012 y 2014, incluyendo una nueva catalogación de cajas y folios. El material consultado de acuerdo al catálogo antiguo será indicado al lado del número de caja con GV. Caso contrario, la numeración señalada corresponde al nuevo catálogo.

y varios los miembros de los comités nacionales, que se ubicaban dentro de una posición de izquierda democrática, también reformista y anticomunista. En cualquiera de sus vertientes, esta definición ideológica generó no pocos roces y conflictos con la agenda anticomunista y pro-estadounidense más abierta del CLC a nivel internacional y de algunos de sus representantes en la región, en particular Gorkin.¹⁰

Esta red latinoamericana se conectaba con la cuarta red, representada por las filiales nacionales establecidas por el CLC en la región. A la par que el Comité Mundial del CLC consultaba sobre la conveniencia de extender sus actividades a la región, Gorkin realizaba un viaje por la misma y producía sus primeros reportes a fines de 1952. Tras una propuesta inicial de establecer tres centros para coordinar la actividad del Congreso en la región, finalmente se decidió por la creación de filiales en los distintos países latinoamericanos.¹¹ Así, la actividad se inició en 1953, cuando al mismo tiempo que se lanzaba *Cuadernos*, Gorkin viajaba con el anarquista belga Louis Mercier Vega a América Latina para iniciar la fundación de filiales que quedarían bajo la supervisión de Gorkin hasta la reorganización de 1963-65. La primera filial fue la de Chile en junio de 1953, y a ella le siguieron sedes en Uruguay (1953), México (1954), Argentina (1955), Cuba (1955), Perú (1957) y Brasil (1958). Otros comités, como los establecidos en Honduras, Costa Rica y Nicaragua a fines de 1953 o el que se intentó en Colombia en 1958, no consiguieron echar raíces.¹²

Las filiales nacionales incluían grupos políticos e intelectuales que se identificaban con los lineamientos del CLC a nivel internacional y regional pero que respondían también a sus contextos nacionales específicos, lo que se puede apreciar con una breve referencia a las filiales de Argentina, Chile y México. En el caso argentino, la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura agrupó al espectro intelectual y político antiperonista, con raíces en el movimiento antifascista de los años treinta y fuerte participación socialista y de grupos exiliados republicanos españoles, apoyó el derrocamiento de Perón en 1955 y estableció fuertes lazos con el gobierno militar de la Revolución Libertadora en 1955-1958. En Chile, el Comité Chileno tenía una marcada impronta de políticos e intelectuales de la Falange Nacional (devenida en 1957 en el Partido Demócrata Cristiano) y su enemigo era el Partido Comunista y, en particular,

¹⁰ Iber, 2015: 85-87; Janello, 2012: 30-32.

¹¹ Julián Gorkin, "Congrès pour la Liberté de la Culture (Amérique Latine)", 4 de noviembre de 1952, IACF records, caja 204GV, folio 5; "Voyage en Amérique Latine de MM. Julian Gorkin et Louis Mercier", s.f., IACF records, caja 204GV, folio 7.

¹² Janello, 2013-2014; CLC, 1954 : 108-109; Gorkin, "Rapport Sur Ma Dernière Tournée En Amérique Latine (du 13 mars au 11 mai)" [1958], IACF records, serie 2, caja 131GV, folio 3.

Pablo Neruda, de fuerte presencia en el mundo intelectual y político chileno. El comité chileno desarrolló una intensa campaña en el mundo sindical y estudiantil, en la prensa y en instituciones culturales tales como la Sociedad de Escritores de Chile, la Universidad de Chile y el PEN Club local. En el caso de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, se alineaba dentro del ala derecha de la hegemonía priísta y contaba con la participación de políticos e intelectuales como Mauricio Magdaleno, Salvador Azuela, Salvador Pineda y Pedro de Alba, con contactos con la Universidad Autónoma de México y el diario *Excélsior* y vínculos con exiliados como Alba y Max Aub. Si dentro del esquema anticomunista los enemigos de los comités argentino y chileno eran el peronismo y Neruda, respectivamente, en el caso mexicano lo eran los muralistas Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, y el comité se preocupó de apoyar y organizar exhibiciones de artistas tales como Rufino Tamayo como alternativas a un mundo artístico que se percibía dominado por los muralistas comunistas.¹³

La arquitectura del CLC en América Latina se completaba a nivel subnacional con la creación de comités juveniles y sedes en el interior de los países. El comité chileno rápidamente estableció un comité juvenil y, después de varios intentos, estableció una filial en Valparaíso en 1956 y otra en Concepción en 1961 con sus correspondientes comités juveniles.¹⁴ En el caso argentino, delegados argentinos asistieron a Santiago a la primera reunión de comités juveniles del CLC en América Latina en octubre de 1955, e inmediatamente después de la fundación de la AALC se estableció también un comité juvenil. En mayo de 1957, aprovechando la visita de Germán Arciniegas, se estableció un comité en Córdoba.¹⁵ En México, mientras tanto, entre 1957 y 1958 se fundaron filiales en Puebla, Veracruz y Jalapa.¹⁶ Los comités juveniles argentino

¹³ Para una descripción general de las filiales latinoamericanas, véase Iber, 2015 (111-115 específicamente para el caso mexicano) y Janello, 2013-2014. Para las filiales argentina y chilena, véase Nállim, 2015 y 2014; Janello 2015 y 2014.

¹⁴ “Vida del Congreso”, *Cuadernos*, núm. 22, enero-febrero de 1957: 127. En Concepción, el comité chileno había establecido contactos tempranos y a lo largo de la década organizó eventos y llevó a sus intelectuales de visita, pero recién en agosto de 1961 se concretó la creación de los comités juvenil y adulto en esa ciudad. André Germain a John Hunt, Santiago, 5 de agosto de 1961, IACF records, serie 2, caja 220, folio 9.

¹⁵ “La Conferencia Juvenil de Santiago de Chile,” *Cuadernos*, núm. 16, 1956: 126-127; Carranza, “Informe del viaje a Córdoba, efectuado del 28 al 30 de mayo, por don Germán Arciniegas, don Juan Antonio Solari y don Carlos P. Carranza, con el fin de organizar en la mencionada ciudad el Comité filial de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura”, IACF records, serie 2, caja 216, folio 2.

¹⁶ “Actividades de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura”, *Examen. Órgano de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura*, núm. 1, 1958: 106-107.

y chileno tenían sólida relación con los grupos estudiantiles universitarios afiliados con los partidos de los miembros de los comités —liberales y socialistas en Argentina, demócrata cristianos y radicales en Chile. Las actividades e influencia de los comités juveniles y subnacionales variaban de país en país. La evidencia recogida de las publicaciones y de la correspondencia señala que en el caso chileno, el comité juvenil y el de Valparaíso desarrollaron una actividad más importante y sostenida, mientras que el de Concepción no terminó de consolidarse.¹⁷ En el caso argentino si bien el comité juvenil demostró cierta actividad, fue afectado por las divisiones internas de la filial local en 1958, y la filial de Córdoba parece no haber desarrollado una actividad particularmente intensa (Janello, 2014; Nállim 2014). Por su parte, las filiales mexicanas fuera de la capital se concentraron en actividades fundamentalmente literarias sin involucrarse en disputas políticas.¹⁸

La heterogeneidad de los grupos e individuos involucrados en el CLC en América Latina, con la consiguiente diversidad de agendas, dio lugar a no pocos roces y conflictos a todo nivel, a los que se hará referencia luego en el texto. Por el momento, se puede afirmar que más allá del proyecto general del CLC en la región y el mundo, las actividades del CLC pueden ser consideradas como un esfuerzo tendiente a la cooperación e integración cultural inter-americana. En primer lugar, como queda claro, el CLC se construyó sobre una densa red de relaciones individuales e institucionales que se estrecharon en la década de 1950. Por ejemplo, *Cuadernos* sirvió para distintas agendas superpuestas, desde el anticomunismo de clave euro-estadounidense al antifranquismo de los exiliados españoles. Al mismo tiempo, la revista ofreció un espacio editorial compartido a la intelectualidad latinoamericana de personalidades como Luis Alberto Sánchez, Guillermo de Torre, Francisco Romero, Arciniegas y Eduardo Santos, atraídos por la posibilidad de compartir sus páginas con los intelectuales del CLC de prestigio mundial como Raymond Aron, Benedetto Croce, André Malraux, Stephen Spender y Salvador de Madariaga.¹⁹ El CLC también estrechó las relaciones entre intelectuales y políticos de distintos países latinoamericanos a través de la integración de exiliados en distintos comités nacionales. Por ejemplo, cuando se creó el Comité Rioplatense en Montevideo

¹⁷ Se puede apreciar en la participación de los estudiantes demócrata cristianos y radicales del comité juvenil chileno, por ejemplo, en su campaña para ser incluidos en el Congreso Latinoamericano de Juventudes de 1959. Carlos de Baráibar a Julián Gorkin, Santiago, 28 de noviembre de 1959, IACF records, serie 2, caja 218, folio 3.

¹⁸ “Actividades de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, desde la Conferencia Interamericana celebrada en esta Ciudad de México, D.F., hasta la fecha,” México, 31 de noviembre de 1957, IACF records, serie 2, caja 216, folio 5.

¹⁹ Franco, 2002: 35; Glondys, 2012: 76-86.

en 1953, incluyó no sólo a intelectuales y políticos uruguayos sino también a argentinos exiliados durante el peronismo, como los socialistas Américo Ghioldi y Luis Pan y el radical Ernesto Sammartino, que luego serían miembros fundadores de la filial argentina en diciembre de 1955 tras la caída de Perón (Nállim, 2015; Janello 2015). En el caso mexicano, se integraron al comité local Rómulo Gallegos y Víctor Haya de la Torre, exiliados entonces de Venezuela y Perú, respectivamente.²⁰

Otra manera en que el CLC contribuyó a estrechar los lazos entre intelectuales latinoamericanos fue a través de la realización de congresos. En la región, el CLC organizó dos congresos. El primero se realizó en Santiago en junio de 1954, como contrapunto al Congreso Continental de la Cultura organizado por Neruda el año anterior, y reunió a los delegados de los comités latinoamericanos del CLC con asistencia de representantes de Cuba, México, Honduras, Brasil, Uruguay, Chile e invitados de otros países latinoamericanos. El congreso estuvo dominado por un tono anticomunista y pro-estadounidense. En su discurso inaugural, el presidente del Comité Chileno, Georg Nicolai, sostuvo que Latinoamérica “cae presa tan fácil a la propaganda” comunista por la pobreza “en que vive la mayoría de su población” y lamentaba la desconfianza en la región hacia los Estados Unidos, “el país más poderoso y más rico en que todas las clases viven mejor que en el resto mundo”. Por su parte, Gorkin llamaba a la intelectualidad latinoamericana a organizarse para impedir el crecimiento de dictaduras y del comunismo en la región.²¹ Más allá de esta tónica general y del apoyo al CLC a nivel global, entre las resoluciones finales aprobadas por el congreso se incluía el llamado a los comités nacionales al “constante a intenso intercambio de informaciones” de sus actividades y al intercambio “de conferencistas ente los diversos países de América del Sur, Centro y Norte, y con la mayor frecuencia posible entre América, Europa y Asia”.²²

²⁰ Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, “Declaración de Principios”, *Excelsior*, 3 de junio de 1954, IACF records, serie 2, caja 211GV, folio 5; Rodrigo García Treviño a Michael Josselson, México DF, 5 de septiembre de 1956, IACF records, serie 2, caja 205GV, folio 2.

²¹ Actas de las sesiones plenarias de la Primera Reunión de Comités Latinoamericanos del Congreso por la Libertad de la Cultura-Acta de la Sesión Preliminar”, 7 de junio de 1954, y “Actas de la Primera Sesión Plenaria”, 8 de junio de 1954, ambos en IACF records, series 2, caja 211GV, folio 5. Para un análisis detallado del congreso de Santiago, véase Albuquerque F., 2011: 127-129; Janello, 2012: 39-40; Iber, 2015: 92-94.

²² “Resoluciones aprobadas en la primera reunión de delegaciones de los comités latinoamericanos del Congreso por la Libertad de la Cultura en Santiago de Chile en junio de 1954”, Santiago, IACF records, serie 2, caja 211GV, folio 5.

Dos años después, y contando con el trabajo organizativo de la Asociación Mexicana, el CLC inauguraba la Conferencia Interamericana por la Defensa de la Cultura en la ciudad de México en septiembre de 1956. La conferencia reunió a las figuras principales del CLC en América Latina, incluyendo entre otros a Rómulo Gallegos, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, Jaime Castillo Velasco y Carlos de Baráibar de Chile, Raúl Roa y Mario Llerena de Cuba y José Luis Romero y Carlos Erro de Argentina. A la reunión también asistió una delegación de Estados Unidos integradas por los escritores John Dos Passos y Ralph Ellison, Roger Baldwin, y los historiadores Arthur Whitaker y Frank Tannenbaum. Concebida para estrechar los vínculos entre los intelectuales americanos, la conferencia tuvo derivaciones precisamente en el sentido opuesto. El interés de Gorkin de sumar el apoyo del dictador guatemalteco Castillo Armas a la Conferencia —parte de su cruzada anticomunista que lo había llevado a justificar el golpe de 1954 en contra de Jacobo Arbenz en *Cuadernos*— generó airados debates y acusaciones contra el intervencionismo e imperialismo estadounidense en la región. Los debates no sólo reflejaron la distancia entre la agenda anticomunista global del CLC, representada por Gorkin, y los intelectuales latinoamericanos que se habían afiliado a él, sino que también demostraron las dificultades para establecer una efectiva alianza cultural interamericana que incluyera a los Estados Unidos en el contexto de la guerra fría.²³

Más allá de estos problemas, la Declaración final aprobada por la reunión incluía diecisiete puntos sobre los que ofrecía una serie de recomendaciones. Algunos eran de carácter netamente político. Buscando calmar las tensiones surgidas durante la reunión, se advertía sobre el peligro que representaban para la libertad de la cultura tanto “gobiernos autocráticos y dictatoriales”, “el comunismo internacional, la intransigencia confesionalista,” y “los nacionalismos totalitarios” como “las fuerzas del capitalismo imperialista” (no. 6) También se llamaba a combatir el analfabetismo en la región, en tanto contribuía “a la instauración y afianzamiento de sistemas dictatoriales” (no. 1) y a la defensa de la autonomía universitaria (no. 2) y la libertad de prensa (no. 4). En cuanto al estrechamiento de la cooperación cultural interamericana, se exigía a eliminar “las barreras opuestas a la libre circulación del libro” ya que no era una “mera mercancía o un producto industrial” sino “una creación del espíritu y un vehículo de cultura” (no. 5). Más puntualmente, se llamaba a crear una “Asociación Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura”, cuya sede sería determinada por el Comité Mundial del CLC y en la que cada filial

²³ Un análisis detallado de las alternativas de la Conferencia se puede consultar en Iber, 2015: 102-107.

nacional designaría un delegado. Al mismo tiempo que se estimulaba la creación de nuevas asociaciones nacionales “en los países donde existen condiciones democráticas” que garantizaran su funcionamiento (no. 9).²⁴

Sin embargo, los problemas que habían surgido en la Conferencia de México enfriaron el entusiasmo de las autoridades del CLC, que la consideraron un fracaso. A pesar de ello, se realizaron otros intentos para construir las estructuras internacionales del CLC en la región. A principios de mayo de 1957, en una reunión en Buenos Aires de las delegaciones de las filiales de Chile, Perú, Uruguay y Argentina se retomó la propuesta de la Conferencia del año anterior y se aprobó proponer la creación de una oficina interamericana con sede en Santiago. La oficina funcionaría como intermediario entre la central parisina del CLC y los comités latinoamericanos y estaría dedicada a preparar boletines informativos que hasta entonces provenían de París y a preparar y editar publicaciones periódicas sobre temas específicos. También se encargaría de proponer, con el acuerdo de París, “el intercambio de conferencistas pan-americanos” y organizar “reuniones por países, regionales o continentales”, además de propiciar “el intercambio de informaciones culturales entre todos los países latinoamericanos”.²⁵

El proyecto fue oficializado en los protocolos firmados en París por el delegado del comité chileno al Comité Mundial del CLC, Carlos de Baráibar, a fines de 1958, en la que establecía que la oficina interamericana funcionaría en Santiago como “un organismo de información y de enlace entre los Comités y los colaboradores sueltos interamericanos y de asesoramiento de esta Secretaria Internacional en todas las actividades latinoamericanas”. Para evitar “desacuerdos y rivalidades perjudiciales” entre las filiales latinoamericanas, se aclaraba que el comité chileno no asumiría funciones ejecutivas y que “cualquier tarea de orden ejecutivo en América Latina debe ser determinada y aplicada mediante acuerdo entre esta Secretaria y la Oficina Interamericana”.²⁶ En 1958 se llegó a formar en Santiago una comisión organizadora de la oficina interamericana integrada por Luis Alberto Sánchez, el demócrata cristiano y ex-presidente del Comité Chileno Jaime Castillo Velasco, y Baráibar.²⁷ Sin

²⁴ “Declaración aprobada por la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura realizada en ciudad de Méjico (18-28 de septiembre, 1956)”, IACF records, serie 2, caja 228 GV, folio 12.

²⁵ Carlos Carranza, “Rapport sur la reunión des délégations du Chili, du Perou, de l’Uruguay et de l’Argentine, qui s’est tenue a Buenos Aires, les 4 et 5 Mai 1957”, IACF records, serie 2, caja 211GV, folio 2.

²⁶ “Protocolo de los acuerdos adoptados en París durante la reciente estancia de Carlos de Baráibar”, París, s.f., IACF, serie 2, caja 211GV, folio 6.

²⁷ CLC, 1958: 18.

embargo, a pesar de esos pasos y de que la oficina interamericana figura en la correspondencia del CLC durante ese año, parece ser que nunca entró en funcionamiento activo. Aparentemente, el CLC decidió mantener la coordinación interamericana desde París.

DEFINICIONES Y PROBLEMAS DE LA INTEGRACIÓN CULTURAL AMERICANA

Si la existencia de las redes, actividades y proyectos permiten pensar al CLC como parte un proyecto de integración cultural americana, cabe preguntarse entonces cuáles eran las ideas que servían como eje a dichos proyecto. Si bien el Congreso se ubicaba dentro del campo favorable a Estados Unidos como parte de la guerra fría cultural, por otra parte y como se ha mencionado anteriormente, el CLC en sus diversos niveles incluía una gran heterogeneidad de grupos, individuos y agendas. Esta realidad resultó en una multiplicidad de posicionamientos ideológicos y políticos y que descarta de entrada la idea de una institución con una identidad y mensaje homogéneos. Al mismo tiempo, se pueden discernir ciertas ideas comunes a la vez que señalar áreas de conflicto generadas por dicha heterogeneidad y que, finalmente, socavaron la idea de unidad necesaria para el proyecto de integración cultural interamericana.

Un punto de partida era concebir a América Latina como parte de una cultura global, compartiendo los valores occidentales de carácter universal que servían de base al CLC. Ya el “Manifiesto a los hombres libres”, aprobado en la reunión fundacional de Berlín, presentaba a la libertad en sentido amplio como un valor universal y convocaba a la lucha contra regímenes totalitarios que la negaban.²⁸ Esta interpretación tenía especial énfasis en las páginas de *Cuadernos*, especialmente en sus primeros años, dominados por la denuncia de la penetración comunista en la región y una línea editorial más influida por el exilio español (Galvete, 2006; Glondys, 2007). En esta etapa, una vertiente explorada en la revista fue la incorporación de América Latina a la civilización occidental a través de la reivindicación de sus raíces ibéricas. Esta visión refleja, por un lado, la influencia de un hispanismo cultural europeizante así como también el lugar subordinado que se le daba desde Europa a América Latina dentro del proyecto global del CLC. Así, en su primer número Salvador de Madariaga destacaba “los vínculos tan hondos que unen a América con Europa” porque “los países iberoamericanos son injertos de Europa en América” y que hacían que “el iberoamericano no siente la cultura europea como extraña, sino como propia”. La visión eurocéntrica de Madariaga lo hacía criticar a

²⁸ “Manifiesto a los hombres libres”, en Congreso por la Libertad de la Cultura, 1960.

“los extremistas del indigenismo” y reivindicar el desarrollo de una América Latina hispanizada como producto de “la evolución humana” dominada por “dos tradiciones europeas por excelencia —la socrática y la cristiana” (1953: 14-17). Madariaga repetiría estas ideas a lo largo de los años; en otro artículo de 1958 defendía la idea “la familia hispana en la familia universal”, opuesta no sólo a la idea de una hispanidad católica “aristocrática y engolada” sino también al panamericanismo que servía a Estados Unidos y el indigenismo al que consideraba divisivo (1958: 49-52).

Si bien Madariaga representaba una de las vertientes de la incorporación de América Latina a la lucha global del CLC, la idea de una América Latina como parte de la cultura occidental global encontraba otros adherentes. Por su parte, Gorkin no dudaba en sostener que América Latina tenía “auténticas elites intelectuales y artísticas” superiores en algunos puntos a Europa porque “han sabido asimilarse [sic] todos o casi todos los valores culturales europeos al mismo tiempo que han ido creando sus propios valores”. Gorkin sostenía que con una Europa en crisis y Asia “en plena conquista de su personalidad independiente”, las Américas estaban destinadas a cumplir un papel fundamental en la defensa de la libertad. Gorkin criticaba el desdén europeo hacia los intelectuales de la región y las “minorías cultivadoras del indigenismo a ultranza”, y llamaba a la colaboración entre europeos e iberoamericanos como respuesta “a una necesidad de nuestro tiempo” (1953: 96-100). Queda claro que Madariaga y Gorkin reflejan la visión general del CLC, sobre el papel primordial de las élites intelectuales en el mundo de la cultura, y sobre la orientación general de *Cuadernos* desde su perspectiva europea.

La idea de América Latina como parte de la cultura occidental era compartida por no pocos de los intelectuales latinoamericanos que se adhirieron al CLC. Se destacan, en este sentido, varios de los miembros argentinos como Victoria Ocampo y el grupo de escritores vinculados a la revista *Sur* que ella financiaba y dirigía, que desde los años 30 se venía preocupando por la formación de una élite intelectual argentina y enmarcaba su proyecto dentro de los lineamientos culturales occidentales. También era el caso de los demócrata cristianos chilenos que se sumaron al comité chileno del CLC, que compartían la idea de una civilización cristiana occidental y tenían como su mentor ideológico a Maritain, uno de los presidentes de honor del CLC.²⁹ La idea de la incorporación de la cultura y política nacionales dentro de la matriz occidental se puede ver en otros ejemplos. El boliviano Fernando Diez de Medina no dudaba en afirmar que las bases de la filosofía de la educación para su país debían ser “de filiación cristiana, de forma democrática, de contenido nacionalista y revolucionario”.

²⁹ Nállim 2015; Nállim, 2014; Janello, 2012.

El rumano Eugen Relgis, miembro del comité uruguayo, reivindicaba el humanismo laico que “libera de los errores del oscurantismo, las opresiones de cualquier dogmatismo”. Sostenía que el “neohumanismo” que él creía descubrir “en algunos centros culturales de América” podría “devolver a Europa por lo menos una parte de sus propios valores antiguos” destruidos por las guerras y regímenes “autoritarios, absolutistas, anticulturales y antihumanos”.³⁰

Por otra parte, las posiciones abiertamente anticomunistas, elitistas y de defensa de Estados Unidos y Occidente generaron frecuente fricciones y conflictos con los intelectuales afiliados al CLC que venían de tradiciones antifascistas y anti-imperialistas y que se enmarcaban dentro de la izquierda y el reformismo democráticos. Estos conflictos se generaban por la política intervencionista de Estados Unidos y se reflejaron en las disputas en los congresos de 1954 y 1956 mencionadas en la sección anterior, si bien no fueron los únicos. *Cuadernos*, por caso, publicó varios artículos abiertamente críticos de la política de Estados Unidos en la región. Por ejemplo, la conferencia de Caracas de 1954 que autorizaría la intervención estadounidense en Guatemala fue críticamente evaluada por Rómulo Betancourt, que señalaba que dictaduras latinoamericanas que oprimían “a los movimientos democráticos mayoritarios y adversarios ideológicos del comunismo (los *adeístas* de Venezuela, los apristas peruanos, los auténticos y ortodoxos cubanos, etc.)” eran quienes apoyaban la cruzada anticomunista estadounidense. Por su parte, el aprista peruano Luis Alberto Sánchez sostenía que el comunismo era robustecido en la región por “las dictaduras, el atraso económico y la propaganda errónea, trasunto a su turno, de la errónea política de los Estados Unidos respecto a la América Latina”. Sánchez criticaba que Washington concebía “al mundo como una extensión superficial de su país” y no podía comprender que “la repulsa al comunismo” fuera también vigilancia y defensa “frente a las exigencias demasiado premiosas de ciertos círculos capitalistas.” Terminaba reclamando que entre Estados Unidos y Sudamérica debía existir una alianza sincera, fecunda pero sobre las bases de la democracia y de la paridad”.³¹

Las críticas a la política norteamericana se manifestaron también con oportunidad de la gira del vicepresidente Richard Nixon en América Latina en 1958 y las protestas violentas que enfrentó en la región, en especial en Caracas. Sánchez sostuvo que las protestas y disturbios no fueron generados por el comunismo sino por “los muchos resentidos y descontentos por los errores del Departamento de Estado en los últimos dieciséis años”, producto de un “nacionalismo natural, espontáneo e implícito”. Arciniegas coincidía en el

³⁰ Diez de Medina, 1954: 83-86; Relgis, 1954: 87-90.

³¹ Betancourt, 1954: 64-68; Sánchez, 1954: 87-91.

diagnóstico, señalando el “error tremendo” de Estados Unidos de prestar ayuda a las dictaduras y la necesidad de “una revisión total de la política americana”.³²

Si los cuestionamientos de los intelectuales latinoamericanos al anticomunismo y política estadounidenses en la región afectaban el proyecto del CLC en América Latina en general y la integración política y cultural en particular, cabe mencionar que las disputas y tensiones individuales y entre grupos tampoco contribuían a sentar bases sólidas para dicho proyecto. Estas disputas eran también el resultado de la heterogeneidad intrínseca de los grupos e ideologías al abrigo del CLC. Los ejemplos abundan. En el caso chileno, el primer presidente del Comité Chileno, Nicolai, fue desplazado luego de que manifestara en 1954 que no aceptaría cualquier posición que no fuera explícita y contundente en contra del comunismo y de apoyo a Estados Unidos —el CLC prefería una posición públicamente más moderada.³³ En el caso argentino, las rupturas generadas por los posicionamientos sobre el peronismo que afectaron a todas las fuerzas políticas tras la caída de Perón también lo hicieron hacia adentro de la filial argentina. Por ejemplo, en 1958 sus miembros quedaron divididos en distintas facciones políticas del socialismo y el radicalismo, y el consiguiente alineamiento con los sectores duros del antiperonismo en los años siguientes clausuró las posibilidades de extensión de las actividades en el mundo estudiantil y en la filial de Córdoba (Nállim, 2014). Las rivalidades y recelos entre los distintos comités nacionales también afectaban la pretendida unidad latinoamericana. En su reporte sobre el congreso de Santiago de 1954, por ejemplo, Baráibar criticaba a los miembros socialistas de los comités de Argentina y Uruguay, sosteniendo que “una de las desgracias de Argentina y Uruguay (los países del Plata) es que les correspondió en suerte un socialismo de cátedra, absolutamente inoperante, pedantesco, irreal”.³⁴ En la reunión de Buenos Aires de 1957 de los comités del Cono Sur, Carranza, quien estaba a cargo de la distribución de *Cuadernos* en la región, tuvo que defenderse de las críticas que reclamaban que la revista incluyera más artículos sobre temas americanos y aspectos sociales.³⁵

³² Sánchez, 1958: 75-81; Arciniegas, 1958: 82-85. Para un análisis detallado de estas críticas a Estados Unidos en 1954 y 1958 en *Cuadernos*, véase Galvete, 2006.

³³ Georg Nicolai to Michael Josselson, Santiago, 26 de junio de 1954, IACF records, caja 2, serie 204GV, folio 8; Josselson to Nicolai, París, 1 de octubre de 1954, serie 2, caja 204GV, folio 8. El incidente es analizado en Iber, 2015: 93.

³⁴ Baráibar a Josselson, Santiago, 6 de julio de 1954, IACF records, serie 2, caja 204GV, folio 8.

³⁵ Carlos Carranza, “Informe sobre la revista *Cuadernos* con motivo de la reunión de delegaciones de Chile, Perú, Uruguay y Argentina celebrada en Buenos Aires, los días 4 y 5 de mayo de 1957”, IACF records, serie 2, caja 217, folio 1.

Todas estas diferencias y tensiones ciertamente no contribuían a la consolidación del proyecto de integración político y cultural del CLC en la región. La revista de la asociación mexicana, *Examen*, se veía así en la necesidad de aclarar los problemas y posibilidades de la integración interamericana en su primer número de 1958. Tras explicar que buscaba contribuir “al desarrollo de la cultura y a la consolidación de la libertad en México, y si es posible, en toda la América hispana”, se veía obligada a reconocer “los persistentes errores que Occidente ha cometido en sus relaciones con Rusia y en las que existen entre las propias naciones del bloque occidental”. El “malestar” que esos errores generaban habían conducido a “los conocidos y penosos hechos” sucedidos durante la visita de Nixon a la región. Por otra parte, la revista destacaba, con buena dosis de voluntarismo, que “la mayoría del pueblo y la intelectualidad estadounidense alienta sentimientos de sincera amistad para nuestros países”. El deterioro de las relaciones “entre las dos Américas” era por la “falta de conocimiento mutuo, que origina incomprendiones y fricciones de tipo psicológico y atiza el fuego de viejos resentimientos”, situación que alienta “una propaganda ‘chovinita’ [sic], de inspiración totalitaria”.³⁶ Siguiendo las líneas expuestas por Sánchez en su artículo en *Cuadernos* en 1954, *Examen* implícitamente sugería que las relaciones e integración entre América Latina y Estados Unidos debían estar fundadas en el respeto, la no intervención y la democracia. Este programa, si bien expresaba intenciones nobles y con arraigo en América Latina, era cada más difícil a medida que la guerra fría consolidaba el intervencionismo estadounidense y, eventualmente, en el nuevo marco creado por la revolución cubana a partir de 1959.

UN NUEVO CONTEXTO PARA LA INTEGRACIÓN CULTURAL: LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA CRISIS DEL CLC EN AMÉRICA LATINA

En 1959 la revolución cubana no solo revigorizó los debates intelectuales y políticos en América Latina sino que llevó al CLC a reevaluar sus operaciones en la región. El CLC, que había apoyado la lucha contra Batista a través de su comité local y saludado el triunfo de la revolución cubana, un año después se pronunciaba en contra dado el giro pro-soviético de la revolución. Las autoridades parisinas evaluaron que sus filiales latinoamericanas se habían concentrado en una agenda demasiado enfocada en el anticomunismo y en una crítica de carácter conservadora a la democracia, vinculadas a grupos que no tenían una llegada clara a la sociedad y sin capacidad de influir concretamente

³⁶ Revista *Examen* (comité editorial), 1958: 3-5.

en el mundo intelectual y político. En consecuencia, a principios de la década inició una serie de reformas. Gorkin dejó su lugar a cargo de la secretaría latinoamericana del CLC y como director de *Cuadernos*, que sería ocupado por Germán Arciniegas durante sus dos últimos años en 1963-65. A fines de 1963 y principios de 1964, los comités argentino, chileno y mexicano fueron dados de baja, y en 1965 todas las filiales latinoamericanas fueron reorganizadas y colocadas bajo el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI). Louis Mercier Vega —el anarquista belga que junto con Gorkin, había participado en la creación de las filiales latinoamericanas— presidió la transición y quedó a cargo del ILARI. El ILARI también terminó la publicación de *Cuadernos* y la reemplazó, con dos nuevas publicaciones: *Mundo Nuevo*, dedicada a temas intelectuales y literarios, y *Aportes*, enfocado en cuestiones sociológicas. Los cambios no consiguieron revitalizar al CLC, en un nuevo contexto más radicalizado de los años sesenta, y las revelaciones sobre el financiamiento de la CIA al CLC en 1966-1967 aceleraron la declinación, que culminó con el cierre de las operaciones del CLC en la región en 1972.³⁷

En este nuevo contexto, en lo que sería los últimos años de la etapa 1953-1965 del CLC en la región, la idea de la integración cultural no se abandonó. Antes bien, adquirió una nueva urgencia frente a la necesidad de construir una alternativa a la revolución cubana, percibida por Estados Unidos como agente del comunismo soviético, y su influencia en América Latina, especialmente la cultural a través de instituciones como Casa de las Américas. En una conferencia en Puerto Rico en marzo de 1960, Arciniegas criticaba la política exterior de EEUU que había marginado a América Latina para, a continuación, llamar a la unidad de los países latinoamericanos como base para establecer un “mercado común de democracia” entre la región y los Estados Unidos. Por su parte, Víctor Alba escribía en mayo de 1961, un mes después del episodio de la Bahía de Cochinos, reivindicando las bases históricas y la necesidad de la unidad continental y criticando que el comunismo, y ahora el castrismo, eran los enemigos históricos e ideológicos de dicha unidad.³⁸

La iniciativa concreta sobre la integración cultural fue retomada por el comité chileno, el más activo de los comités latinoamericanos. Ya a fines de 1958 el animador del comité chileno, Baráibar, se había reunido en México con Michael Polanyi, a cargo de los seminarios internacionales del CLC, para discutir la realización de seminarios sobre temas económicos y educacionales. Los seminarios eran mencionados en los protocolos firmados con Baráibar en París, que detallaban que el CLC organizaría tres seminarios para América

³⁷ Iber, 2015: 116-144; Glondys, 2012: 176-185; Mudrovcic, 1997; Gilman, 2003.

³⁸ Arciniegas, 1960: 15-18; Alba, 1961: 66-9.

Latina, sobre problemas económicos, educacionales y de la juventud, y sobre la integración latinoamericana.³⁹ Los planes avanzaron, y hacia mediados de 1959, ya con la revolución cubana en plena ejecución de sus políticas de reforma, se había decidido que el poeta chileno Julio Barrenechea, miembro del comité chileno, dictaría una conferencia sobre “la integración cultural latinoamericana”, que sería conjuntamente anunciada con el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile. La idea era luego conseguir apoyo al proyecto a través de la acción de las organizaciones culturales chilenas en las que el comité tenía influencia, especialmente la Sociedad de Escritores de Chile (en donde Barrenechea era presidente y el demócrata cristiano Alejandro Magnet, también miembro del comité chileno, era secretario general) y el PEN Club. Eventualmente, la idea era extender la acción a similares organizaciones en América Latina y conseguir el apoyo del Director Cultural de la Organización de Estados Americanos, con quien Baráibar y el CLC tenían buenas relaciones.⁴⁰

Barrenechea pronunció su conferencia titulada “la integración cultural latinoamericana” en el Salón de Honor de la Universidad de Chile el 24 de julio de 1959. La Sociedad de Escritores de Chile rápidamente se hizo eco de la iniciativa y envió a la conferencia de Cancilleres “una moción sobre integración cultural latinoamericana”,⁴¹ al mismo tiempo que la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, a través de una información publicada en el diario *La Nación*, recogía la propuesta de Barrenechea.⁴² Más allá del entusiasmo de Baráibar y del comité chileno, la central del CLC en París mostró su escepticismo con la iniciativa. Gorkin le informaba a Baráibar las reservas de las autoridades del Congreso que le había transmitido Josselson sobre que “un Seminario sobre la Integración Latinoamericana sólo llevaría a un resultado: el registrar a través de una serie de discursos que todo el mundo está de acuerdo con esa integración”. Por ese motivo, Josselson expresó que sólo daría su apoyo bajo la condición de que se elaborara “un temario de verdadero interés, y de que salga algo práctico del mismo.” Gorkin se mostró de acuerdo, proponiendo como tema posible “la integración latinoamericana y la consolidación de los gobiernos

³⁹ Baráibar a Gorkin, Santiago, 30 de diciembre de 1958, IACF records, serie 2, caja 218, folio 3; “Protocolos”, 2.

⁴⁰ Baráibar a Gorkin, Santiago, 2 de mayo de 1959, IACF records, serie 2, caja 218, folio 3; Baráibar a Gorkin, Santiago, 19 de junio de 1959 y “Memorándum”, s.f., ambos en IACF records serie 2 caja 211GV, folio 4.

⁴¹ Sociedad de Escritores de Chile, *Libro de Actas 1956-1960*, Santiago, sesión del 24 de agosto de 1959: 322.

⁴² “La integración cultural latinoamericana”, *La Nación*, 16 de julio de 1959, IACF records, serie 2, caja 211GV, folio 4.

democráticos”, porque “hablar de la integración en abstracto no tiene un real interés si esta integración no encuentra como base un afianzamiento de los cuadros democráticos en esos países”.⁴³

Si bien en noviembre de 1959 Gorkin le informaba en carta a Carranza que el seminario sobre la integración cultural latinoamericana se realizaría en abril de 1960 en Santiago,⁴⁴ el proyecto no avanzó mucho, y a fines del año Baráibar reportaba que la razón era principal se debía al gran número de seminarios internacionales de todo tipo que se realizaban en Santiago, lo que obligaría a realizar algo de carácter realmente extraordinario. Proponía que este y otros seminarios se realizaran en otros países, a lo que Gorkin respondería, en un reporte a las autoridades del CLC, expresando sus temores sobre que los seminarios sobre América Latina fueran abandonados y proponiendo que el de integración cultural se realizara en la Argentina.⁴⁵ Si bien la reunión no se realizó, la idea persistió, y en agosto de 1961 Barrenechea emprendió una gira por América Latina promoviendo el proyecto de integración cultural. En una entrevista en el diario santiaguino *El Mercurio* en enero de 1962 reproducida por *Cuadernos*, Barrenechea expresaba que cualquier plan de integración económica de los países de la región requería indispensablemente “el esfuerzo del incremento cultural latinoamericano” basado en “fomentar ampliamente el mutuo conocimiento”. Para ello, era necesario derribar las barreras que lo impedían. En cuanto a las obras literarias, proponía que “las obras de jerarquía internacional” se editaran “a escala internacional” y circulando “sin vallas aduaneras”, creando así “el Mercado Continental del libro latinoamericano”. En las artes plásticas, proponía “una exposición de artes plásticas rotativa, latinoamericana, a celebrarse cada dos años por turno, en una de nuestras capitales.” Barrenechea sugería también que “las cátedras de cultura latinoamericana” en todos los países adoptaran textos uniformes. Todas estas iniciativas serían coordinadas por una Comisión Cultural para América Latina, que llevara a cabo en el área cultural “lo que ha pretendido la CEPAL [Comisión Económica para América Latina y el Caribe] en el plano económico”. Terminaba mencionando que la idea había sido recogida por el presidente de Venezuela, “nuestro antiguo amigo, Rómulo Betancourt”, y apoyada por la Sociedad de Escritores Argentinos [*sic*] y el Director Cultural de la Cancillería argentina.⁴⁶

⁴³ Gorkin a Baráibar, París, 3 de agosto de 1959, IACF records, serie 2, caja 218, folio 4.

⁴⁴ Gorkin a Carlos Carranza, París, 9 de noviembre de 1960, IACF records, serie 2, caja 218, folio 1.

⁴⁵ Baráibar a Gorkin, Santiago, 29 de diciembre de 1959, y Gorkin a Marion Bieber, Michael Josselson y John Hunt, 2 de febrero de 1960, IACF records, serie 2, caja 211GV, folio 6.

⁴⁶ Barrenechea. 1962: 94-95. La referencia correcta en el caso argentino es la Sociedad Argentina de Escritores, SADE.

Los planes de Barrenechea y el seminario sobre integración cultural no se concretaron, pero demuestran la vigencia de la idea de que el CLC promoviera la integración cultural en la región. Cabe mencionar también que cuando Arciniegas se hizo cargo de *Cuadernos* en 1963, se introdujeron varios de los cambios que se le habían reclamado a Carranza en 1957. Hacia esa época, *Cuadernos* era abiertamente criticada incluso desde dentro del CLC por su limitada circulación y audiencia, la hispanofilia y la falta de apertura a las nuevas corrientes literarias y autores latinoamericanos.⁴⁷ Arciniegas buscó agilizar la publicación, que ya había adquirido una periodicidad mensual en 1961, con la incorporación de más autores latinoamericanos y mayor atención a los problemas de la región. En su presentación en *Cuadernos* como el nuevo director, Arciniegas llegaba a reconocer que gustara o no, Fidel Castro hizo “esenciales reformas que estábamos en mora de cumplir y que no pueden eludirse si no se quiere que el continente vaya a la catástrofe”. El tema era cómo hacer “para que esas reformas sean nuestras,” para lo cual sostenía que “hay que pensarlas americanamente, ponerlas por encima de los imbéciles empequeñecimientos de partido, hacer de nuestra América el mercado común de la libertad y de la lucha contra la desigualdad y la miseria” (1963: 2).

Hasta su cierre en 1965, la revista se ocupó más activamente de problemáticas de la región y de sus países, abandonando la preocupación centrada en la guerra fría global. Temas como la democracia, la educación, los pueblos indígenas y la pobreza aparecieron con mayor frecuencia en las páginas. Por otra parte, este cambio de tono y el rediseño de la revista con nuevas secciones quedaban matizados por las frecuentes críticas a la revolución cubana y el comunismo que se entroncaban con los lineamientos ideológicos de las etapas anteriores. Si *Cuadernos* buscaba ahora más efectivamente transformarse en una publicación de carácter más latinoamericanista, el intento no podía superar los problemas que acarrearaba desde la década anterior, la evidente pérdida de influencia en el contexto de las nuevas corrientes ideológicas y culturales de la época y el escepticismo y oposición desde dentro del CLC en el momento que reformaba y relanzaba sus actividades en la región bajo Mercier Vega. Cuando cerró en 1965, la alternativa literaria del CLC a Casa de las Américas sería propuesta con mayor efectividad y dinamismo por *Mundo Nuevo* bajo la dirección de Emir Rodríguez Monegal.

Finalmente, cabe destacar que el proyecto de integración cultural latinoamericana del CLC en este período estaba relacionado con la promoción de la integración económica interamericana. Como se ha mencionado en las páginas precedentes, en la correspondencia de Baráibar con París y los protocolos que

⁴⁷ Iber, 2015: 190; Mudrovcic, 1997: 21-23.

firmó en 1958 se mencionaba la realización del seminario económico latinoamericano. Si bien no queda clara que se haya realizado alguna vez, la idea de la integración económica aparece con frecuencia reflejada en la correspondencia del CLC. En particular, Baráibar y el comité chileno habían establecido buenas relaciones con la oficina de la CEPAL en Santiago. En un memorándum probablemente escrito por Gorkin se mencionaba en 1959 el progreso que se había hecho en la materia a través de las reuniones impulsadas por la CEPAL en Río de Janeiro y Panamá, destacando que era claro “que se va a la integración económica o mercado común” por etapas y que los comunistas y “las fuerzas nacionalistas reaccionarias se oponen violentamente al Mercado Común y a la Integración Cultural Latinoamericana”.⁴⁸

La integración económica se veía así intrínsecamente conectada al proyecto de integración política y cultural que proponía el CLC en las Américas. El énfasis en la cooperación económica y la defensa de ideas de mercado común se acentuó aún más a principios de los 60, con un fuerte impulso de las ideas de desarrollo económico y reformas democráticas, no revolucionarias, impulsadas por Estados Unidos desde los años cincuenta con la teoría de la modernización y en la década del sesenta a través de la Alianza para el Progreso como respuesta a la revolución cubana (Latham, 2000). Ciertamente, este programa era compatible con las ideas que los intelectuales latinoamericanos enrolados en el reformismo y la izquierda democrática no comunista habían venido defendiendo desde la década anterior. El apoyo a este programa se puede percibir con claridad en *Cuadernos*. Ya en 1960 se publicaban varias colaboraciones defendiendo el mercado común, la libre empresa y el desarrollismo,⁴⁹ y en 1961-62 la revista acogió con simpatía las ideas de Kennedy sobre la Alianza para el Progreso.⁵⁰ Las colaboraciones sobre cuestiones sociales y económicas latinoamericanas en temas de pobreza y desarrollo se incrementaron sustancialmente en la última etapa de *Cuadernos*, preanunciando el enfoque sobre esos temas que daría *Aportes* luego de 1965.

CONCLUSIÓN

A lo largo de su primera etapa de actividades en la región en la década de 1950 y hasta su reorganización en 1963-1965, el Congreso por la Libertad de la Cultura representó un esfuerzo significativo en la construcción de una

⁴⁸ “Memorandum”, s.f., IACF records, serie 2, caja 211 GV, folio 4.

⁴⁹ Por ejemplo, Plaza, 1960: 13-19; Torres Campaña, 1960: 97-101.

⁵⁰ Alba, 1961: 59-63; Aguirre, 1962: 55-58.

mayor integración cultural en las Américas. El proyecto cultural del Congreso formaba parte de los objetivos y estrategias globales de la institución, en tanto era una pieza clave de la política estadounidense en la guerra fría cultural contra la Unión Soviética. Este dato ineludible no quita, por otra parte, que el Congreso tuviera características y desarrollara actividades en América Latina que exceden su apreciación como mero instrumento de la política norteamericana. En primer lugar, el Congreso se construyó sobre la base de redes que vincularon a numerosos intelectuales y políticos de la región, sirviendo al mismo tiempo de nexo entre las redes y objetivos globales del Congreso y sus redes nacionales y subnacionales. Estos múltiples lazos se consolidaron tanto a través de participación en *Cuaderno* así como con iniciativas como los congresos de Santiago en 1954 y de México en 1956, con sus llamados la integración y cooperación cultural interamericana, y el proyecto de integración cultural avanzado por el comité chileno y Barrenechea a fines de la década de 1950 y principios de 1960.

Por otra parte, el análisis revela también la fragilidad del proyecto del CLC sobre integración cultural. Un factor clave lo representaron las diferencias y rupturas generadas por la heterogeneidad política, ideológica y de objetivos de los grupos afiliados al CLC. Las desavenencias entre la agenda anticomunista global del CLC con las tradiciones reformistas y antiimperialistas de muchos de sus miembros en la región no sólo generaron ríspidos conflictos y debates y cuestionamientos a la política de Estados Unidos en América Latina sino que revelaron los problemas intrínsecos que impedían la construcción de un proyecto efectivo de integración cultural regional. En efecto, el hecho de que el CLC fuera parte de la estrategia cultural estadounidense socavaba el objetivo mismo y explícito de la institución. ¿Cómo era posible hablar de libertad en relación a una institución vinculada a una de las superpotencias?

No era este un tema menor en una región que, como América Latina, había sufrido desde el siglo XIX numerosos episodios de intervención por parte de su vecino del norte y que ahora se incrementaban paulatinamente en el mundo de postguerra a medida que la guerra fría se profundizaba. Gorkin y el CLC se vieron así obligados a dar todo tipo de explicaciones desde el primer momento, no sólo frente al público general sino también a los miembros de sus filiales nacionales en la región, negando que fuera una organización controlada y financiada por Estados Unidos. Era un tema importante, ya que los intelectuales del CLC argumentaban que su campaña por la libertad de la cultura contrastaba con la sumisión de los intelectuales que aceptaban el totalitarismo soviético y, por lo tanto, era necesario para ellos disipar toda duda de que se trataba de un similar proyecto de sumisión, en este caso a los dictados de Estados Unidos. La otra consecuencia del alineamiento ideológico

y político del CLC tenía que ver con la exclusión de numerosos intelectuales comunistas y de izquierda como Pablo Neruda, Jorge Amado, Nicolás Guillén, María Rosa Oliver y David Alfaro Siqueiros, que se alinearon con la Unión Soviética y su estrategia cultural internacional del movimiento por la paz. Estos intelectuales, en particular Neruda y el partido comunista chileno, fueron los que denunciaron abiertamente al CLC como financiado por el gobierno estadounidense, lo que quedaría probado con las revelaciones de 1966-1967. Más allá de estos conflictos, lo que importa destacar aquí es que el proyecto de integración cultural promovido por el CLC era necesariamente incompleto frente a las divisiones que la guerra fría creaba en América Latina.

Finalmente, toda referencia al CLC en América Latina lleva necesariamente a la pregunta sobre si quienes se vincularon a ese proyecto tenían conocimiento sobre el control y financiamiento por parte de Estados Unidos, en especial, la CIA, con anterioridad a las revelaciones del *New York Times* en 1966-1967. En su trabajo pionero, Saunders reveló el alto grado de involucramiento de la CIA en los proyectos del CLC desde sus orígenes (Saunders, 2000), pero la cuestión pasa por quiénes, y cuánto, sabían acerca de ese tema entre los que se involucraron en América Latina. Por cierto, nadie era inocente en cuanto a las orientaciones del CLC ni a las opciones políticas e ideológicas que se ofrecían en el contexto de la guerra fría, pero esto no necesariamente implicaba ese conocimiento ni los hacía peones del imperialismo. Muchos podían afirmar, como sostenía el eminente historiador mexicano Daniel Cosío Villegas en *Sur* en 1950, que “el comunismo acaba fatalmente con la independencia y con la libertad” y que en el contexto de la guerra fría, la única opción posible para América Latina era apoyar a los Estados Unidos, dado que la historia de la región era “una lucha tenaz, amarga y cruenta por conseguir la independencia y la libertad” —una afirmación polémica dado que dicha lucha se había realizado en gran parte *a pesar de y contra* los Estados Unidos (Cosío Villegas, 1950).

Como lo ha demostrado Iber con un exhaustivo trabajo de fuentes (Iber, 2015), quienes sabían concretamente del papel del gobierno estadounidense y de la CIA eran Josselson y Hunt, que funcionaban como nexos con las operaciones latinoamericanas. En lo que respecta a los intelectuales latinoamericanos, y más allá de sus elecciones políticas e ideológicas, no había conocimiento concreto de esa realidad y en sus decisiones de participar pesaban otros factores. Si el CLC se legitimaba como organización mundial al atraer a los grupos políticos e intelectuales latinoamericanos, no era menos cierto que dichos grupos usaban al CLC para legitimarse, y en algunos casos financiarse, dentro de sus agendas específicas a nivel nacional y local.

En definitiva, lo importante es que si bien el CLC eventualmente fracasaría como proyecto político, por otra parte tuvo un éxito notable en cuanto a la

movilización de estrategias y proyectos intelectuales y culturales en América Latina, revelando un mundo de gran vitalidad y dinamismo. Como parte de ese proyecto, el CLC contribuyó a delinear de diversas maneras un proyecto de integración cultural manifestado de distintas maneras. El análisis de este proyecto permite comprender una faceta relevante de las distintas dimensiones de la guerra fría cultural en América Latina y rescatarla de las sombras a las que por mucho tiempo fue relegada por el fulgor de la revolución cubana y las nuevas corrientes literarias, culturales y políticas de las próximas décadas.

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Biblioteca Nacional de Chile, Santiago de Chile.

Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Argentina.

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDIInCI), Buenos Aires.

Hilman Library, University of Pittsburgh, Pittsburgh, Pennsylvania, EEUU.

International Association for Cultural Freedom (IACF) records, Special Collections Research Center, Joseph Regenstein Library, University of Chicago.

Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, José María (1962), “La Alianza para el Progreso: la confianza, factor decisivo”, en *Cuadernos*, núm. 56, 55-58.

ALBA, Víctor (1961), “Obstáculos a la unidad iberoamericana”, en *Cuadernos*, núm. 48, 66-9.

———, “Punta del Este: el futuro en nuestras manos”, en *Cuadernos*, núm. 54, 59-63.

ALBUQUERQUE FUSCHINI, Germán (2011), *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y guerra fría*. Santiago: Ariadna ediciones.

ARCINIEGAS, Germán (1958), “Una reacción constructiva”, en *Cuadernos*, núm. 32, 82-85.

——— (1960), “Estados Unidos y América Latina”, en *Cuadernos*, núm. 43, 15-18.

——— (1963), “Un saludo cordial”, en *Cuadernos*, núm. 70, 2.

BARRENECHEA, Julio (1962), “La integración cultural latinoamericana”, en *Cuadernos*, núm. 58, 94-95.

BERGHAHN, Volker R. (2001), *America and the Intellectual Cold Wars in Europe*. Princeton: Princeton University Press.

- BETANCOURT, Rómulo (1954), “La conferencia de Caracas, hora crítica del panamericanismo”, en *Cuadernos*, núm. 7, 64-68
- CALANDRA, Benedetta y FRANCO, Marina, eds. (2012), *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.
- CANCELLI, Elizabeth (2012), *O Brasil e os outros: o poder das ideias*. Porto Alegre: EdiPUCRS.
- CLC (2012), “Vida del Congreso”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura [Cuadernos]*, núm. 5, 108-109.
- (1958), *El Congreso por la Libertad de la Cultura. Sus ideas y actividades. Junio 1958*. Santiago: Editorial del Pacífico, 18.
- COBB, Russell S. (2007), *Our Men in Paris? Mundo Nuevo, the Cuban Revolution, and the Politics of Cultural Freedom*. Tesis doctoral inédita. The University of Texas at Austin.
- COLEMAN, Peter (1989), *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Post-War Europe*. New York: Free Press.
- CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA (1960), *El Congreso por la Libertad de la Cultura*. París, n.d.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (1950), “Reflexión coreana”, en *Sur*, núms. 192-194, 170-181.
- DIEZ DE MEDINA, Fernando (1954), “Formación del hombre boliviano”, en *Cuadernos*, núm. 6, 83-86.
- FRANCO, Jean (2002), *The rise and fall of the lettered city. Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press.
- GILMAN, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GLONDYS, Olga (2007), *Reivindicación de la independencia intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953) -XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Barcelona: Departamento de Filología Española, Universidad Autónoma de Barcelona.
- (2012), *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GORKIN, Julián (1953), “El Congreso por la Libertad de la Cultura en Iberoamérica”, en *Cuadernos*, núm. 3, 96-100.
- GOULD-DAVIS, Nigel (2003), “The Logic of Soviet Cultural Diplomacy”, en *Diplomatic History*, vol. 27, núm. 2, 193-214.
- GRÉMION, Pierre (1995), *Intelligence de l'anticommunisme. Le Congrès pour la Liberté de la Culture à Paris, 1950-1975*. Paris: Fayard.

- IBER, Patrick (2013), "Anti-Communist Entrepreneurs and the Origins of the Cultural Cold War in Latin America", en PIEPER MOONEY, Jadwiga E. y LANZA, Fabio, eds., *De-centering Cold War History. Local and global change*. New York: Routledge, 167-186.
- (2015), *Neither peace nor freedom. The cultural cold war in Latin America*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- JANELLO, Karina C. (2012), "El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las "ideas fuerza" de la Guerra Fría", en *Revista Izquierdas*, núm. 14, 14-52.
- (2013-2014), "Los intelectuales de la guerra fría. Una cartografía latinoamericana (1952-1962)", en *Políticas de la Memoria*, núm. 14, 79-105.
- (2014), "Redes intelectuales y guerra fría: La agenda argentina del Congreso por la Libertad de la cultura", en *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea* (Segunda Época), núm. 1, 60-85.
- (2015), "La intelectualidad liberal bajo la guerra fría: la sede argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1964)", en *Acta Sociológica*, núm. 68, 9-47.
- JOSEPH, Gilbert M. (1998), "Close Encounters: Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations", en JOSEPH, Gilbert M.; LEGRAND, Catherine C. y SALVATORE, Ricardo D., *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Durham and London: Duke University Press, 3-46.
- (2008), "What we know and should know. Bring Latin America more meaningfully into Cold War Studies", en JOSEPH, Gilbert M. y SPENSER, Daniela, eds., *In from the Cold War. Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham and London: Duke University Press, 2008, 1-47.
- MADARIAGA, Salvador de (1953), "Las relaciones culturales entre Europa y America", en *Cuadernos*, núm. 1, 14-17.
- (1958), "La familia hispana en la familia universal", en *Cuadernos*, núm. 28, 49-52.
- MAJOR, Patrick y MITTER, Rana (2012), "East is East and West is West? Towards a Comparative Socio-Cultural History of the Cold War," en MAJOR, Patrick y MITTER, Rana, eds., *Across the Blocs. Cold War Cultural and Social History*. London and New York: Routledge, 1-22.
- MUDROVICIC, María Eugenia (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y guerra fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- NÁLLIM, Jorge A. (2014), "Intelectuales y guerra fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964", en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, núm. 14.

- (2015), “Local Struggles, Transnational Connections: Latin American Intellectuals and the Congress for Cultural Freedom”, en CHEN, Tina y CHURCHILL, David, eds., *The Material of World History*. New York: Routledge, 106-131.
- PIEPER MOONEY, Jadwiga E. y LANZA, Fabio (2013), “Introduction: de-centering Cold War history”, en PIEPER MOONEY, Jadwiga E. y LANZA, Fabio, eds., *De-centering Cold War history. Local and global change*. New York: Routledge, 1-12.
- PLAZA, Galo (1960), “Necesidad de un mercado regional latinoamericano”, en *Cuadernos*, núm. 42, 13-19.
- RELGIS, Eugen (1954), “Hacia un nuevo humanismo en el Uruguay”, en *Cuadernos*, núm. 6, 87-90.
- REVISTA EXAMEN (comité editorial) (1958), “Nuestra opinión sobre las relaciones interamericanas,” en *Examen*, núm. 1, 3-5.
- ROTH-EY, Kristin Joy (2011), *Moscow prime time: How the Soviet Union Built the Media Empire that Lost the Cultural Cold War*. Ithaca: Cornell University Press.
- RUIZ GALVETE, Marta (2006), “*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*: anticomunismo y guerra fría en América Latina”, en *El Argonauta Español*, núm. 3. Disponible en: <http://argonauta.imageson.org/document75.html>
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1954), “El comunismo en América Latina”, en *Cuadernos*, núm. 7, 87-91.
- (1954), “El vicepresidente Nixon en América Latina”, en *Cuadernos*, núm. 32, 75-81.
- SAUNDERS, Frances Stonor (2000), *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*. New York: The New Press.
- SCOTT-SMITH, Giles (2002), *The Politics of Apolitical Culture: The Congress for Cultural Freedom, the CIA, and Post-War American Hegemony*. London, New York: Routledge.
- y SEGAL, Joe, eds. (2012), “Divided Dreamworlds? The Cultural Cold War in East and West” en ROMIJN, Peter; SCOTT-SMITH, Giles y SEGAL, Joe eds., *Divided Dreamworlds? The Cultural Cold War in East and West*. Amsterdam: Amsterdam University Press, 1-9.
- TORRES CAMPAÑA, Manuel (1960), “Mercado común y libre empresa en Hispanoamérica,” en *Cuadernos*, núm. 43, 97-101.
- VANDEN BERGHE, Kristine (1997), *Intelectuales y anticomunismo: La revista “Cadernos Brasileiros”, 1959-1970*. Leuven: Leuven University Press.